

VIA CRUCIS

A la memoria de mi madre

PROPÓSITO

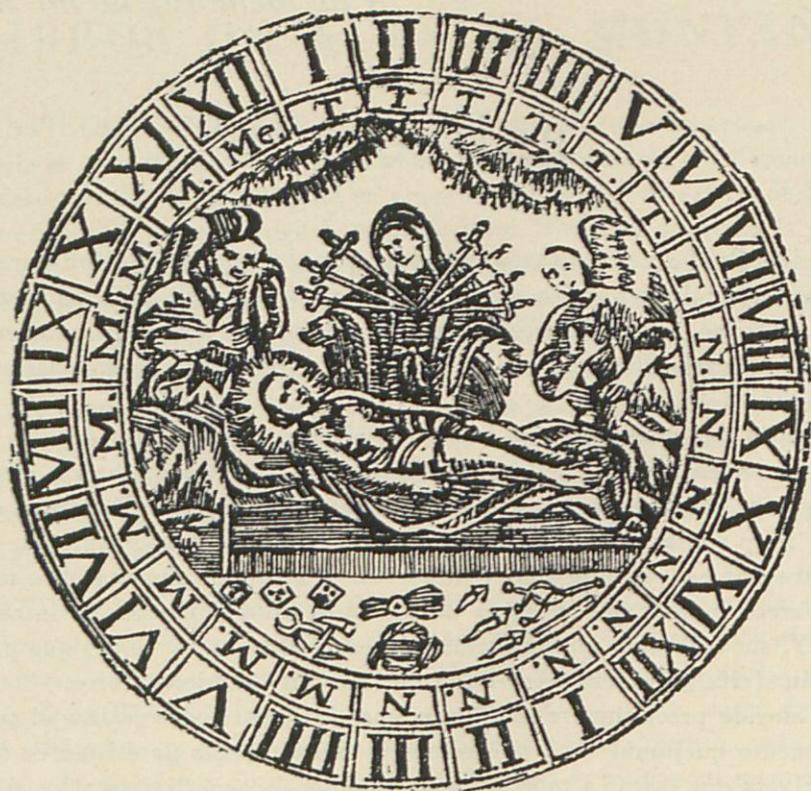
Las dificultades con que tropieza el artista de nuestro tiempo para tratar un tema religioso son más que nunca crecidas, sobre todo tal vez en la poesía. No me parece oportuno exponer ahora las principales razones que pueden explicarlo. Pero me veo en la precisión de disculparme, aclarando mis propósitos.

Siempre me había detenido la pluma, al planear un asunto de este género, la consideración de los repetidos fracasos de otras tantas tentativas ensayadas por ingenios absolutamente estimables. Después del siglo XVII, son en nuestra lengua muy contadas las poesías religiosas—al menos que yo conozca—tolerables para una sensibilidad fina y despierta. Y no sé de ninguna obra maestra. Esto parece indicar que se trata de una dificultad objetiva. Yo la veo bien clara. Y, sin embargo, me he animado a emprender estos versos que presumo causarán cierta extrañeza a los que conozcan mis anteriores libros.

He elegido precisamente la décima, con el fin de poder realzar el tono peligrosamente quejumbroso a que conducía el formidable patetismo de los motivos. Había que evitar a toda costa las letanías de superlativos y los entrecortados epifonemas de que aparecen erizadas la retórica del púlpito—acaso en él necesaria—y la meliflua prosa de los devocionarios al uso. Y para eludirlo me sometí a la estrecha disciplina de la más plástica y barroca de nuestras estrofas. Así la rigurosa pauta rítmica se encargaba de contrarrestar la contemplativa molición—literaria, se entiende—de los afectos.

Hubiera podido dar más color y relieve a estas treinta y tres décimas,

inspirándome concretamente en la arqueología oriental y persiguiendo la visión exacta y pintoresca del momento histórico. Pero esto hubiera dañado al recato cristiano que deseaba para mis versos. He preferido mantenerme en el tono abstracto, convencional si se quiere, pero de muy honda ternura, en que imagina estas escenas la piadosa tradición española, y siempre atenerme en lo posible al texto evangélico. En suma, quería que este *Viacrucis* se pudiese rezar, sin que distrajesen al devoto ni la presunción egoísta de los primores, ni la insolente vulgaridad de los ripios. Sabedor de los riesgos que suponía volar demasiado alto, he procurado sólo guardar a la vez el decoro religioso y el poético.



OFRENDA

*DAME tu mano, María,
la de las tocas moradas.
Clávame tus siete espadas
en esta carne baldía.
Quiero ir contigo en la impía
tarde negra y amarilla.
Aquí en mi torpe mejilla
quiero ver si se retrata
esa lividez de plata,
esa lágrima que brilla.*

*Déjame que te restañe
ese llanto cristalino,
y a la vera del camino
permíte que te acompañe.
Deja que en lágrimas bañe
la orla negra de tu manto
a los pies del árbol santo
donde tu fruto se mustia.
Capitana de la angustia:
no quiero que sufras tanto.*

*Qué lejos, Madre, la cuna
y tus gozos de Belén:
—No, mi Niño. No, no hay quien
de mis brazos te desuna—.
Y rayos tibios de luna
entre las pajas de miel
le acariciaban la piel
sin despertarle. Qué larga
es la distancia y qué amarga
de Jesús muerto a Emanuel.*

¿Dónde está ya el mediodía
luminoso en que Gabriel
desde el marco del dintel
te saludó:—Ave, María?
Virgen ya de la agonía,
tu Hijo es el que cruza ahí.
Déjame hacer junto a ti
ese agosto itinerario.
Para ir al monte Calvario,
cítame en Getsemaní.

A ti, doncella graciosa,
hoy maestra de dolores,
playa de los pecadores,
nido en que el alma reposa.
A ti ofrezco, pulcra rosa,
las jornadas de esta vía.
A ti, Madre, a quien quería
cumplir mi humilde promesa.
A ti, celestial princesa,
Virgen sagrada María.





COMIENZAN LAS ESTACIONES

I

JESÚS sentenciado a muerte.
No bastan sudor, desvelo,
cáliz, corona, flagelo,
todo un pueblo a escarnecerte.

Condenan tu cuerpo inerte,
manso Jesús de mi olvido,
a que, abierto y exprimido,
derrame toda su esencia.
Y a tan cobarde sentencia
prestas en silencio oído.

Y soy yo mismo quien dicta
esa sentencia villana.
De mis propios labios mana
ese negro veredicto.
Yo me declaro convicto.
Yo te negué con Simón.
Te vendí y te hice traición
con Pilatos y con Judas.
Y aún mis culpas desanudas
y me brindas el perdón.

II

JERUSALÉN arde en fiestas.
Qué tremenda diversión
ver al Justo de Sión
cargar con la cruz a cuestras.
Sus espaldas curva, prestas
a tan sobrehumano exceso,
y, olvidándose del peso
que sobre su hombro gravita,
con caridad infinita
imprime en la cruz un beso.

Tú el suplicio y yo el regalo.
Yo la gloria y Tú la afrenta
abrazado a la violenta
carga de una cruz de palo.
Y así, sin un intervalo,
sin una pausa siquiera,
tal vivo mi vida entera
que por mí te has alistado
voluntario abanderado
de esa maciza bandera.

III

A tan bárbara congoja
y pesadumbre declinas,
y tus rodillas divinas
se hincan en la tierra roja.
Y no hay nadie que te acoja.
En vano un auxilio imploras.
Vibra en ráfagas sonoras
el látigo del blasfemo.
Y en un esfuerzo supremo
lentamente te incorporas.

Como el cordero que viera
Juan, el dulce evangelista,
así estás ante mi vista
tendido con tu bandera.
Tu mansedumbre a una fiera
venciera y humillaría.
Ya el Cordero se ofrecía
por el mundo y sus pecados.
Con mis pies atropellados
como a un estorbo le hería.

IV

SE ha abierto paso en las filas
una doliente Mujer.
Tu Madre te quiere ver
retratado en sus pupilas.
Lento, tu mirar destilas
y le hablas y la consuelas.
Cómo se rasgan las telas
de ese doble corazón.
Quién medirá la pasión
de esas dos almas gemelas.

¿Cuándo en el mundo se ha visto
tal escena de agonía?
Cristo llora por María.
María llora por Cristo.

¿Y yo, firme, lo resisto?
¿Mi alma ha de quedar ajena?
Nazareno, Nazarena,
dadme siquiera una poca
de esa doble pena loca,
que quiero penar mi pena.

V

YA no es posible que siga
Jesús el arduo sendero.
Le rinde el plúmbeo madero.
Le acongoja la fatiga.
Mas la muchedumbre obliga
a que prosiga el cortejo.
Dure hasta el fin el festejo.
Y la muerte se detiene
ante Simón de Cirene,
que acude tardo y perplejo.

Pudiendo, Jesús, morir
¿por qué apoyo solicitas?
Sin duda es que necesitas
vivir aún para sufrir.
Yo también quise vivir,
vivir siempre, vivir fuerte.
Y grité:—Aléjate, muerte.
Ven Tú, Jesús cireneo.
Ayúdame, que en ti creo
y aun es tiempo de ofenderte.

VI

FLUYE sangre de tus sienas
hasta cegarte los ojos.
Cubierto de hilillos rojos
el morado rostro tienes.
Y al contemplar cómo vienes
una mujer se atraviesa,
te enjuga el rostro y te besa.

La llamaban la Verónica.
Y exacta tu faz agónica
en el lienzo queda impresa.

Si a imagen y semejanza
tuya, Señor, nos hiciste,
de tu imagen me reviste
firme a olvido y a mudanza.
Será mayor mi confianza
si en mi alma dejas la huella
de tu boca que nos sella
blancas promesas de paz,
de tu dolorida faz,
de tu mirada de estrella.

VII

LARGO es el camino y lento
y el Cireneo se rinde.
Él se ha trazado una linde
en su oscuro pensamiento.
Mientras disputa violento
deja que la cruz se hunda
total, maciza, profunda,
sobre aquel único hombro.
Y como un humano escombros
cae Jesús por vez segunda.

¿Otra vez, Señor, en tierra,
abrazado a tu estandarte?
Ese insistente postrarte
¿qué oculto sentido encierra?
Mas ya te entiendo. En la guerra
por ti luchando, transido
caeré en tierra y malherido,
¿y no he de alzarme ya más?
Yo sé que Tú me darás
la mano si te la pido.

VIII

QUÉ vivo dolor aflige
a estas mujeres piadosas,
madres, hermanas, esposas
sin culpa del «crucifige».
Jesús a ellas se dirige.
Sus palabras, oídlas bien.
—Hijas de Jerusalén.
Llorad vuestro llanto, sí,
por vosotras, no por mí.
Por vuestros hijos también.

Por nosotros mismos, cierto.
Pero ¿quién por ti no llora?
Haz que llore hora tras hora
por mí tibio y por ti yerto.
Riégame este estéril huerto.
Quiébrame esta torva frente.
Ábreme una vena ardiente
de dulce y amargo llanto,
y espanta de mí este espanto
de hallar cegada mi fuente.

IX

YA caíste una, dos veces.
La rota túnica pisas
y aún entre mofas y risas
tendido a mis pies te ofreces.
Yo no sé a quién me pareces,
a quién me aludes así.
No sé qué haces junto a mí,
derribado con tu leño.
Yo no sé si ha sido un sueño
o si es verdad que te vi.

Y yo caigo una, dos, tres,
y otra vez más, y otra, y tantas.
Siempre tus espaldas santas
me sirvieron de pavés.

Ahora siento bien cuál es
la razón de tus caídas.
Sí. Porque nuestras vencidas
almas no te tengan miedo
caes, oh humilde remedo,
y a abrazarte las convidas.

X

YA desnudan al que viste
a las rosas y a los lirios.
Martirio entre los martirios
y entre las tristezas, triste.
Qué sonrojo te reviste,
cómo tu rostro demudas
ante aquellas manos crudas
que te arrancan los vestidos
de sangre y sudor teñidos
sobre tus carnes desnudas.

Bella lección de pudores
la que en este trance dictas,
tus candideces invictas
coloridas de rubores.
Tú que has teñido las flores
de tintas tan sonrosadas,
que en las castas alboradas
las nubes vistes de oro,
ay, devuélveme el tesoro
de mis flores marchitadas.

XI

POR fin en la cruz te acuestas.
Te abren una y otra mano,
y un pie y otro soberano,
y a todo, manso, te prestas.
Luego entre Dimas y Gestas,
desencajado por crueles

distensiones de cordeles,
te clavan crucificado
y te punzan el costado
y te refrescan de hieles.

Y que esto llegue es preciso
y así todo se consuma,
y, a la carga que te abruma,
el cuello inclinas sumiso.
—Conmigo en el paraíso
serás hoy—al buen ladrón
prometes. Tierna lección
la de tus palabras ciertas.
Toma mis manos abiertas.
Toma mis pies: tuyos son.

XII

AL pie de la cruz María
llora con la Magdalena,
y aquel a quien en la Cena
sobre todos prefería.
Ya palmo a palmo se enfría
el dócil torso entreabierto.
Ya pende el cadáver yerto
como de la rama el fruto.
Cúbrete, cielo, de luto
porque ya la Vida ha muerto.

Profundo misterio. El Hijo
del Hombre, el que era la Luz
y la Vida muere en cruz,
en una cruz crucifijo.
Ya desde ahora te elijo
mi modelo en el estrecho
tránsito. Baja a mi lecho
el día que yo me muera,
y que mis manos de cera
te estrechen sobre mi pecho.

XIII

HE aquí helados, cristalinos
sobre el virginal regazo,
muertos ya para el abrazo
aquellos miembros divinos.
Huyeron los asesinos.
Qué soledad sin colores.
Oh, Madre mía, no llores.
Cómo lloraba María.
La llaman desde aquel día
la Virgen de los Dolores.

¿Quién fué el escultor que pudo
dar morbidez al marfil?
¿Quién apuró su buril
en el prodigio desnudo?
Yo, Madre mía, fuí el rudo
artífice, fuí el profano
que modelé con mi mano
ese triunfo de la muerte
sobre el cual tu piedad vierte
cálidas perlas en vano.

XIV

FUÉ un José el primer varón
que a Jesús tomó en sus brazos,
y otro José en tiernos lazos
le estrecha de compasión.
Con grave, infinita unción
el sagrado cuerpo baja
y en un lienzo le amortaja.
Luego le da sepultura
y una piedra en la abertura
de la roca viva encaja.

Como póstuma jornada
de tu vía de amargura,
admiro en la sepultura
tu heroica carne sellada.

Señor, ya no queda nada
por hacer. Señor, permite
que humildemente te imite,
que contigo viva y muera,
y en luz no perecedera,
que como Tú resucite.

1924

GERARDO DIEGO



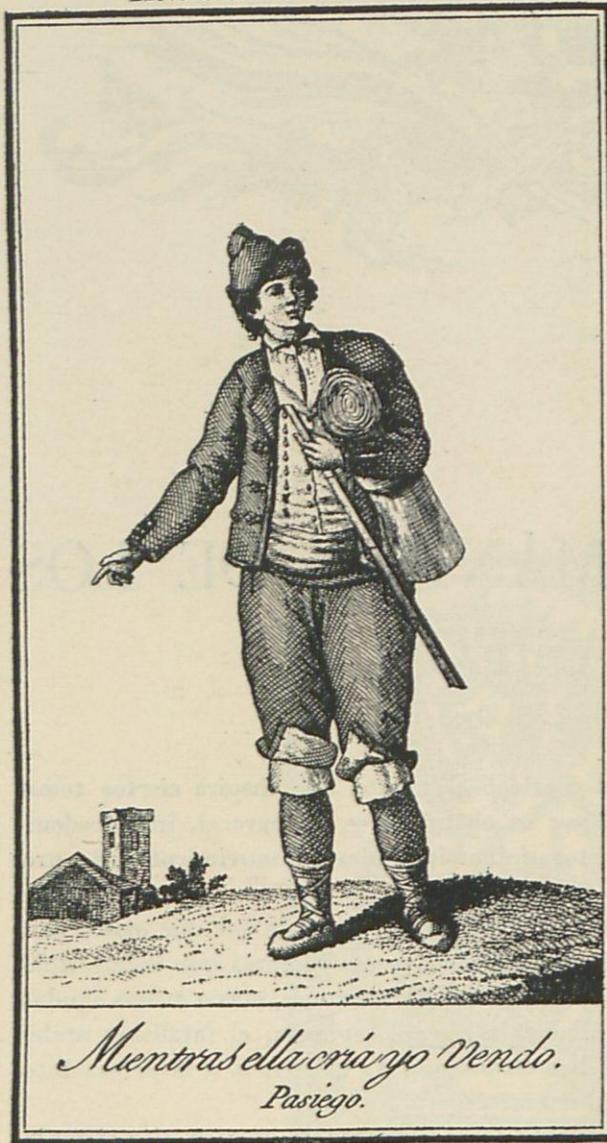


VIÑETA ROMÁNTICA DE LOS PASIEGOS

No siempre es la rutina o el capricho el numen que inspira ciertos temas literarios y artísticos que por su obstinada y, al parecer, imprecendente repetición llegan a provocar gestos de hastío o airados movimientos de protesta.

El lector asiduo de relaciones de viajes pronto echa de ver que existe para cada país una serie no muy extensa de motivos-conductores que indefectiblemente brota a través de la menuda trama de observaciones, más o menos agudas, de los viajeros. La *vendetta* siciliana, la navaja española, el fatalismo árabe, ¿viven sólo en la literatura y deben su prolongada existencia a la pereza intelectual de los escritores costumbristas?

Una observación poco profunda así lo hace pensar, y provoca, por ejemplo, esas enconadas protestas que todos leemos de vez en cuando en la prensa contra la pintura que de nuestras costumbres hacen los escritores extranjeros cultivadores del género literario que hemos convenido en llamar *españolada*. Pero si descontamos algún elemento arbitrario, cuyo único objeto es dar color al cuadro, y si aplicamos un coeficiente de reducción a los factores de caracterización excesivamente amplificadas algunas veces por los autores, veremos fácilmente que el retrato tiene la debida correspondencia con el modelo y que aquellas deformaciones del natural, que a primera vista nos parecieron malévolas e insidiosas, no son sino un efecto de perspectiva.



(De la colección de D. Bernardo Ruiz de la Prada.)

prototipo del español es el andaluz, cuyos rasgos característicos atribuyen sin distinción al castellano, al catalán o al extremeño, del mismo modo cuando se trata de la Montaña, casi siempre es el pasiego el que domina y lleva la representación de toda la provincia.

No ha faltado quien proteste de esta suplantación, alegando que el pasiego no es el auténtico montañés; que por sus costumbres, su indumento, su vivienda, sus rasgos físicos y su contextura moral, debe de formar un grupo aparte en el

Estamos demasiado cerca de nosotros mismos para podernos abarcar en una ojeada sintética. Si el viejo roble pudiera contemplar su trasunto en el cuadro de un pintor impresionista, se llenaría de tristeza al ver que el artista se había olvidado de copiar el bello contorno de sus hojas, y en cambio se complació en acentuar el caduco retorcimiento de sus ramas.

Para un extranjero no hay diferencia sensible entre un gallego y un catalán; para un habitante de Marte (si pudiera hacer un viaje de exploración por la Tierra) no la habría tampoco entre un esquimal y un hotentote, y paralelamente, un lebaniego y un campurriano se recortan con el mismo perfil, contemplados desde Castilla o desde Andalucía.

Teniendo en cuenta esta ley de la distancia del punto de vista, no nos puede extrañar que así como para los viajeros ingleses, franceses o italianos, el

mapa etnográfico español, e incluso se ha dicho por algunos escritores locales que los pasiegos constituyen un elemento extraño en la Montaña, un aluvión humano retenido entre los riscos de Pas, en época relativamente moderna. Pero lo cierto es que aquellos bravos y tenaces habitantes de las peñas de Pandillo, de las gargantas de Gurueba, de las alturas de Carcaval, con su independiente vivir, su concepto sumario del *confort* humano, la arrogancia y agilidad de su cuerpo, su desprecio de la fatiga física, su espíritu industrioso y su inteligencia práctica, ofrecen un espléndido campo de observación, y no es extraño que en una impresión de conjunto de nuestra Montaña se destaquen y ocupen el primer plano.

* * *

Hacia el año de 1839— en pleno período romántico—, el poeta Enrique Gil embarca en Gijón para dirigirse a la Coruña. Un temporal desvía al barco de su ruta, le obliga a entrar de arribada en Santander y a hacer en este puerto una larga escala para reparar averías. El poeta entonces, buscando el elemento típico regional que el romanticismo había puesto de moda, se traslada a la Vega de Pas, donde pasa algunos días, y se encuentra gratamente sorprendido por la originalidad que advierte en las gentes de aquel rincón montaños. Impresionado por el extraño ambiente que le rodea, bosqueja



A. P. 7.

(De la colección de D. Bernardo Ruiz de la Prada.)

en larga epístola un retrato de los pasiegos, que todavía, con ligeros retoques, podría servir de documento de identidad.

«¿Concebirías tú (dice) un pueblo esencialmente pastor y que así por el carácter de sus costumbres como por las circunstancias de su suelo no puede abandonarle ni aun temporalmente; concebirías tú, digo, un pueblo pastoril y al mismo tiempo aventurero, arriscado y hasta temerario? Pues esto, ni más ni menos, es lo que por aquí sucede...

«La tierra es áspera y quebrada por el lado de la montaña. Por un lado, el país montuoso por la parte despejada y abierta hacia esta villa y las de San Pedro del Romeral y San Roque de Ríomiera; pero por todas partes dividida en frondosas praderías y bosques, sembrada de habitaciones rústicas y poblada de ganados, sólo ofrece imágenes de vida sencilla y campestre; pero cuando más distraído te hallas en semejantes imaginaciones, una cuadrilla de contrabandistas armados de sus enormes palos con que cruzan los barrancos, ríos y despeñaderos, ni más ni menos que pudieran hacerlo los corzos, te da a entender de una manera bastante eficaz que no todo es paz y sencillez. Llama a cualquiera de aquellas pobres puertas y verás cómo de par en par se te abren, y con qué cordial voluntad te obsequian y agasajan, ofreciéndote cuanto tienen; pero suelta como al descuido alguna expresión que pueda llamarles la atención o hazles cualquier pregunta capaz de despertar su desconfianza, y repara con cuánto cuidado miden sus palabras, cuán evasivas son sus respuestas, y con qué expresión tan marcada de suspicacia y de recelo escudriñan tu porte y examinan todos tus movimientos.»

«Por una parte, todo el abandono de la vida de los campos; por otra, toda la vigilancia y astucia de las ciudades; el fardo de mercancías prohibidas y las armas del contrabandista junto al dornajo de leche y el haz de heno; he aquí, en dos palabras, la vida y el carácter de los montañeses de Pas.»

«Como la principal riqueza del país consiste en los ganados, especialmente en el vacuno, los pasiegos pastores, cuidando de su beneficio y crecimiento, varían de vivienda con las estaciones, y así es que todo el país está sembrado de cabañas rústicas, circunstancia que lo hace aparecer lleno de animación y movimiento.»

«La vida doméstica de estas gentes es de lo más arreglado y sencillo que te puedes figurar, así en sus alimentos, reducidos a leche y maíz, como en su régimen ordinario de trabajos y distribución de tiempo. Las mujeres son muy aseadas y laboriosas, y sin cesar andan comerciando con los escasos artículos de su cosecha en los mercados y pueblos circunvecinos. No es esto decir que sus funciones se limiten al hogar doméstico, porque también ellas hacen sus expediciones al contrabando, y por cierto que no ceden en robustez, aguante y sufrimiento a los hombres más recios y determinados del país. Es una bendición de Dios, como suele decirse, verlas tan blancas, tan coloradas y tan alegres, con su cuévano a cuevas por montes y hondonadas, siempre cruzando sendas descono-

cidas y asperísimas, y riéndose en su interior de los pobres empleados militares de la hacienda, que así están a punto de dar con ellas como si jugaran a la gallina ciega. Y no sólo acontece esto aquí, donde a fuer de dueñas de la casa conocen todos sus rincones, sino también en lo más llano y abierto de Castilla y de la Mancha, donde rara vez las cogen *in fraganti*.»

«Contarte los lances de la aventurera vida contrabandista sería cosa de nunca acabar; pero cualquiera que no sean ellos se estremece de pensar en sus marchas nocturnas por riscos inaccesibles y espesísimos bosques, cargados con un enorme fardo de mercancías y expuestos a peligros sinnúmero. El modo de servirse de su palo es cosa de todo punto inconcebible para nosotros, porque a veces, equilibrando el cuerpo sobre él y sin poner los pies en el suelo, atraviesan cornisas, digámoslo así, de peñascos que parecen impracticables para los mismos gamos, y todo esto con una prontitud, sangre fría y destreza que eriza los cabellos. Otras veces se les ve saltar los riachuelos despeñados y en ocasiones crecidos del país, afianzando la punta del palo hacia la mitad de la corriente, librando su cuerpo sobre él con poderoso impulso y cayendo en la opuesta orilla con un ángulo y un efecto enteramente igual al de una bomba. Estas y otras diabluras enseña semejante clase de vida agitada y sin sosiego; pero yo, por mi parte, todavía no he alcanzado a explicarme cómo pueden llegar a tal grado de elasticidad y de fuerza los músculos del cuerpo humano...»

«Las costumbres del país son bastante puras y sencillas, sin que te sirva de regla el sinfín de *nodrizas* que hay en Madrid con el nombre de *pasiegas*; porque las verdaderamente tales son pocas y casadas en general, y las demás son de las tierras circunvecinas, que se apellidan *pasiegas* para mayor abono de su salubridad y robustez. Por lo demás, las mujeres de aquí son una especie de *Lucrecias de navaja al cinto* que no hay medio de avenirse con ellas...»

«Excusado será decirte que así hombres como mujeres son de una soberbia raza, y que en ninguna parte se ve tanto vigor, soltura, frescura y robustez. El traje, por otra parte, no deja de ser airoso, particularmente en las mujeres. Llevan éstas pañuelo a la cabeza; pelo trenzado a lo largo de la espalda; *arracadas* o pendientes de plata dorada; multitud de collares al cuello; camisa con cabezón; *pechero*, especie de peto con que cubren el pecho, además de la camisa; corpiño atacado por delante; saya; medias de lana del país; chapines o escarpines y abarcas de cuero. En invierno añaden a esto una especie de manto blanquecino que llaman *capa*; chaqueta; *jostras* o *pellicas*, pieles con que abrigan las piernas y defienden los chapines, y por último *barajones*, especie de tabla triangular sujeta a la planta del pie con correas y que les sirve para sostenerse en la nieve...»

«Los hombres gastan montera; chaqueta; dos chalecos, el de arriba de pana negra con botones de plata y el de debajo blanco; *ceñidor* o faja; calzón corto o bragas, y el calzado lo mismo que las mujeres.»

«Supongo que no olvidarás el célebre palo, una cuarta más alto que el dueño,



que tantos prodigios obra, ni las *carcetas* o melenas largas por detrás que no dejan de adornarles...»

No será necesario hacer resaltar lo que hay en esta pintura de elemento permanente y lo que hay de circunstancial o transitorio: el contrabando a salto de mata (empresa hasta cierto punto lícita y compatible con las buenas costumbres a principios del siglo XIX) ha pasado ya a la historia de España, o cuando menos a la historia del romanticismo español; hoy, los pasiegos, caducado aquel negocio para el cual parece ser que mostraron aptitudes excepcionales, se aplican con no menos suficiencia a otros más tranquilos y honorables, tales como la ganadería y el comercio.

De aquella vida aventurera y arriesgada les quedó como legítima adquisición el sufrimiento para las largas marchas y el fácil acomodamiento a los sitios y

circunstancias menos apetecibles para cualquier otro mortal, cualidades que, unidas a su sagacidad y tradicional marrullería, les pone en condiciones de ejercer, con manifiesta superioridad sobre sus vecinos, el difícil y penoso comercio ambulante.

* * *

En aquellos peligrosos ejercicios de antaño y en estos otros de hoy se templaron las almas de los pasiegos: a ellos deben su audacia, su fortaleza y su astucia, que unas veces pusieron al servicio de las mejores causas y otras les sirvieron para cometer los mayores desaguizados y burlar después la acción de la justicia. A este respecto se podrían referir muchos casos; pero ninguno nos parece tan significativo como el siguiente, acaecido hacia la misma época en que fué escrito el artículo de Enrique Gil.

Allá por los últimos meses del año 1822 y los primeros del 23, es decir, al final de «los mal llamados tres años constitucionales», hubo un maestro de la Vega de Pas, de nombre Gregorio Carral, que arrojando al aire los libros, como otros arrojaron el bonete, se lanzó al campo y se puso al frente de una de las bandas de realistas que «con el mentido y sacrilego pretexto de defender la fe que ellos son los que ultrajan» (son palabras de retórica oficial) asolaban al país que tenía «la desgracia de ser teatro de sus desórdenes y vejaciones de toda especie». Este guerrillero, salido, como tantos otros, de los más pacíficos órdenes sociales, se tituló pomposamente «jefe del Estado mayor de un fingido ejército de las provincias vascongadas», y pareciéndole, sin duda, que su modesto nombre no estaba en consonancia con tan encumbrada jerarquía, acudió, como buen maestro, a las páginas de la Historia, en busca de otro alto, sonoro y significativo, y no halló ninguno que le conviniera mejor que el de *Moctezuma*.

«Bajo tales disfraces, embustes y supercherías, tuvo este inicuo el atrevimiento de dirigir una especie de circular a los Ayuntamientos del valle de Trasmiera, pidiendo para ciertos plazos, en que anunciaba debía ocuparse el país por el ejército británico, considerable cantidad de pan, carne, vino y cebada.» ¡Cuál no sería la astucia del estratega pasiego que, a pesar de lo inaudito de su infundio, consiguió que muchos alcaldes picaran en el anzuelo, dieran curso a sus comunicaciones, las hicieran circular de aldea en aldea y obligaran a los vecinos a preparar las raciones que se les pedían, con las que el ejército de Moctezuma vivía sobre el país tan lindamente.

Tamaño desatino hizo montar en cólera al jefe político de la provincia, D. Paulino de los Arcos, de quien son las palabras que en este relato hemos puesto entre comillas, y le obligó a castigar a los incautos alcaldes con multas de 50 a 100 pesos fuertes a cada uno, poniéndole además «en el caso de prevenir a todos los de la provincia que serán tratados con mayor rigor si se llegare a repetir un exceso tan reprehensible».



La Nodriza.

No diremos que se necesite ser pasiego para realizar tan pintorescas hazañas, porque en aquellos años del Deseado la fauna pintoresca pululaba a sus anchas por todos los ámbitos del reino; pero sí creemos que en la raza pasiega hay madera para eso y para mucho más.

Por otra parte, las cualidades de fortaleza, agilidad, perseverancia y malicia, que con justo motivo se presentan como características de los pasiegos, parecen las más apropiadas para los lances en que los vemos descritos, así como (pasando del sexo fuerte al que solemos llamar débil, aunque en este caso el calificativo es inadecuado) la belleza, la robustez, la fidelidad y la gallarda presencia de las pasiegas, las hacen especialmente aptas para la crianza mercenaria, en cuyo negociado ocuparon siempre los primeros puestos del escalafón.

«El litoral de nuestro océano Cantábrico (dice Bretón de los Herreros) provee en su mayor parte a Madrid de esta humana mercancía, cuya casta más aventajada se produce en el famoso valle de Pas, de donde se deriva el nombre de *pasiegas* con que designamos a todas las amas de leche, aunque no

sean de menos pujanza y calibre las que proceden del Vierzo o de los montes de Oca. Pero haya pacido las hierbas del Septentrión o las del oeste de la Península, es forzoso que la nodriza sea montañesa para aspirar a la honra de dar teta al mamón que nació en dorada cuna...»

Véase, sobre este mismo tema, lo que dice otro gran poeta romántico, Teófilo Gautier, al describir en su *Viaje por España* (1840) los paseos de Madrid:

«Vi también en el Prado algunas *pasiegas* de Santander con su traje nacional; estas pasiegas están reputadas como las mejores nodrizas de España, y el cariño que profesan a los niños es proverbial, como en Francia la probidad de los Auvergnats; llevan una falda de tela encarnada plegada en gruesos pliegues, bordeada de un ancho galón, un corpiño de terciopelo negro igualmente galoneado de oro, y por tocado un pañuelo abigarrado de colores brillantes, todo ello acompañado de joyas de plata y otras coqueterías salvajes. Estas mujeres

son muy bellas y tienen un sorprendente aspecto de fuerza y de grandeza. La costumbre de mecer a los niños en sus brazos les da una actitud combada que va bien con el desarrollo de su pecho. Tener una pasiega con su traje es una especie de lujo, como hacer montar un *klephte* en la trasera del coche.»

ELÍAS ORTIZ DE LA TORRE



SANTANDER DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Notas para una historia

La inquietud que caracteriza el actual momento ha puesto de gran moda—por más elástico, ligero y humano que los documentadísimos mamotretos obra de la paciente y larga vida de concienzudos investigadores—el género histórico llamado Memorias y Epistolarios, en el que nuestros abuelos, salvo raras excepciones, poco o nada se distinguieron y del que, por el contrario, fueron consumados maestros nuestros vecinos los franceses.

Su contacto en los años de la guerra de la Independencia aficionó a los españoles al cultivo de aquel género, y así rara es la provincia que no cuenta entre sus hijos algún autor de memorias o diario de aquellos tiempos azarosos.

Hasta en nuestra ciudad, totalmente apartada en los primeros años del ochocientos del cultivo de las bellas letras—por opuesto a la fiebre mercantil que entonces la engrandecía—hubo un Juan de la Carrera, sujeto, al parecer, activo y curioso, que escribió un *Diario de las entradas y salidas en Santander de las tropas francesas y españolas desde el año 1808 hasta el de 1813*.

Era la sociedad santanderina de entonces una formación de aluvión—ley histórica aplicable a todo pueblo nuevo y próspero—en la que junto a escasas familias aborígenes vivían numerosísimas vascongadas, francesas y asturianas, no existiendo entre ellas otro aglutinante que el mutuo afán de lucro, perseguido con fervor en el ejercicio del comercio. Hizo esta circunstancia que tan pronto, como la fortuna llamaba a las puertas de los mercaderes no santanderinos abandonar nuestro pueblo, volviendo al suyo después de la grata y postrimer tarea de entalegar peluconas, único bagaje del anhelado retorno, quemando previamente cuantos papeles y correspondencia les valieran para ganarlas, perdiéndose así una interesante fuente para llegar a la clara visión del Santander napoleónico en su aspecto más íntimo y doméstico.

Entre las familias montañesas que, abandonado el solar aldeano, vivían ya en Santander se contaba la muy hidalga de Escalante, de la que, andando el tiempo, había de nacer el gran poeta D. Amós. Hallábase en aquella agitada sazón su jefe, D. Joaquín Antonio de Escalante, ausente en sus tierras de Toledo

y parte de las cartas que allí recibió de sus deudos y amigos, y sobre todo de su administrador, D. Pedro de Legarda, junto con algunos fragmentos del *Diario* de Carrera, forman el material que me sirve para urdir este ensayo de reconstrucción histórica.

En el texto de estas cartas y *Diario* aparecen los más conspicuos santanderinos del primer tercio del pasado siglo. El obispo Menéndez de Luarca, de linajuda, fecunda y levítica raza asturiana (de sus diecisiete hermanos seis murieron niños, siete hermanas fueron monjas, un hermano cura, otro fraile, otro canónigo de Segovia y sólo el mayorazgo contrajo matrimonio), desaliñado, enérgico, manirroto y caritativo; fundador del hospital y de la casa de recogidas, Regente Soberano de Cantabria, de feliz memoria para el pueblo. D. Bonifacio Rodríguez, Alcalde ordinario, presidente del Ayuntamiento Patricio que recibió a los franceses, habilísimo mediador entre la ciudad y sus invasores. D. Luis del Campo, escribano del Ayuntamiento, del puerto y del Resguardo de Rentas Reales, Secretario de la Suprema Junta de Cantabria. D. Francisco Sayús, opulento naviero y comerciante, Prior del Real Consulado, de origen francés y tan buen español que quiso libertar al rey Fernando. El conde de Villanueva de la Barca, mayorazgo de los claros linajes de Calderón y Agüero, miembro de la Junta Militar de defensa. D. Juan Planté, natural de Baigts, en el Pirineo francés, también rico mercader, cónsul de Holanda y abuelo del eminente pianista Francis Planté, hijo éste del santanderino D. Pedro Planté y Olea, etc., etc.

EL LEVANTAMIENTO

No entre vecinos conspicuos, sino entre posibles inquilinos, aparece Pablo Carreirón, relojero francés avecindado en Santander, en carta de Legarda a Escalante, fechada en Santander el 29 de marzo de 1808: «No he estado con la viuda de Castillo ni con Carreirón, porque la primera se halla en buena casa, en la cual no paga más que cinco y medio reales, y estoy persuadido no saldrá de ella, y el segundo tiene ya apalabrada una casa nueva que ha hecho D. Luis del Campo el Escribano.»

Y fué precisamente Carreirón quien provocó el alzamiento de nuestra ciudad contra Napoleón. Pasaba el francés por la calle del Arcillero en el preciso momento en que un niño se entregaba a un natural desahogo. «*Anda, cochino*—dijo Carreirón al niño, al mismo tiempo que le daba un cosque—, *que pronto vendrán los que os enseñarán a ser limpios.*» Presenció la reprimenda el padre de la criatura, y a la anterior escena siguió otra de bofetadas entre el francés y el español presenciada por hombres, chicos y mujeres del barrio, quienes gritaban como energúmenos ¡viva Fernando VII y mueran los franceses! Acudieron a aquel lugar los desocupados santanderinos—era el día fiesta de la Ascensión del Señor, 26 de mayo de 1808—y sumados al alboroto determinaron prender a todos los franceses y en especial a su Cónsul y a un oficial que Bessieres había

enviado a nuestra ciudad, por orden de Murat, con la amenaza de que sería arrasada al primer movimiento antifrancófilo. Tocarón a rebato las campanas de todas las iglesias, redoblaron generala los tambores del provincial de Laredo, gritáronse vivas y mueras en las calles y Santander declaró la guerra al emperador de Francia.

Juan de la Carrera reseña en su *Diario* los acaecimientos de aquellos días: «En 26 de dicho mayo, en la noche, se levantaron en Santander provocados por el francés Carreirón; y en aquella propia noche prendieron varios franceses, entre ellos el Cónsul y el Edecán enviado de Murat; y el 27 se les dió armas y se formalizó la Junta de Gobierno para alarmar la Jurisdicción y sus inmediatas. El 30 salió para el Escudo con artillería un Batallón de 600 paisanos bajo el mando de don Emeterio Velarde, y anteriormente habían marchado a Reinosa parte de los Milicianos que guarnecían a Santander. El 2 de junio salieron para Reinosa 300 hombres; capitanes Heras, Vial y Gutiérrez.»

Al día siguiente, 3 de junio, Pedro de Legarda escribía a D. Joaquín: «Sola-



mente sirva para hacerle saber el estado en que se halla toda la Montaña y otras muchas más provincias. Como Vm. sabrá, en Santander y todo su obispado han tomado las armas desde 18 hasta 45 años y los que están robustos hasta 55, de manera que en ésta no han quedado más que los viejos impedidos y para eso montan la guardia en los castillos y en el pueblo... La Junta de Gobierno mandó echar bando que ninguno que esté sobre las armas pague renta de casa hasta nueva orden. Ayer acabó de salir la tropa de Santander; don Juan Vial y don Juanito de Heras iban de capitán cada uno de su compañía. También tengo entendido que el hijo de Vm. también marcha. Todos tenemos la cabeza trastornada.»

OCUPACIÓN FRANCESA

El 8 de julio, dueños ya los franceses de Santander después de la rota cántabra del Escudo y Lantueno, y ocupada la ciudad por 9.100 hombres y 250 caballos, escribía Legarda: «Esta plaza y provincia se ve muy apurada con tanta tropa para cuyo alimento nos vemos apurados y mucho más para la contribu-

ción de 16 millones que nos piden, y hoy en el día deben entregarse 40.000 pesos, habiéndola reducido a 12 millones que es imposible, imposible, poderlos entregar porque no los hay en toda la ciudad ni quien los preste a ningún interés... Ningún inquilino quiere pagar rentas y nada se les puede sacar por más visitas que les hago. Los de los prados tampoco pagarán la renta porque no tienen cosecha, pues los franceses los han segado todos para la caballería, así que este año no hay siega en este pueblo porque todo lo han arrasado, y también las aldeas inmediatas.»

Antes de que los imperiales se adueñaran de la Montaña ya corrían por los valles tristes nuevas de sus crueldades. En varias cartas pedía D. Joaquín que se le enviaran diversos aperos de labranza que tenía en su casa de Bejorís, entre ellos unos dalles, sin que su sobrina D.^a Manuela de la Torre, a quien se dirigía, cumpliera el encargo. Escribióla D. Joaquín quejándose de su morosidad y D.^a Manuela le contesta en carta desde Bejorís de 18 de junio de 1808: «... en punto a lo que vuesa merced me dice que no hago caso de sus encargos vive vuesa merced muy engañado porque estoy hace dos meses lo mismo que lazarillo de ciego tras de los arrieros, y con el último que estuve, víspera del Corpus, que fué Manrique, me dijo que no quería ni podía aventurar su vida, que a un compañero suyo por haberle encontrado una aguja le habían cogido los franceses y le habían arcabuceado...»

«El 12 de julio por la mañana—escribe Carrera en su *Diario*—salieron de Santander todos los franceses que habían quedado de guarnición con cien carros, poco más o menos, del país cargados de enfermos y víveres y tres cañones.» De su paso por el valle de Toranzo daba noticia al poco tiempo, en carta escrita desde Ontaneda, D. Vicente González de Riancho: «Como han entrado las tropas francesas por este lugar sufrimos todos lo que no es decible, pues acamparon en él. Esto ha causado el carecer de varias cosas y entre otras del maíz.»

LLEGAN LAS TROPAS DE ASTURIAS.—NOTICIAS DE FUERA

«El 13—continúa el *Diario*—se avistó desde Santander la Escuadra inglesa. El 14 entró a parlamentar. El 15 en la tarde entró otra División (española) de mil paisanos y en este día por la tarde se proclamó por el primer Batallón a Fernando VII, por nosotros y por el Inglés». Breve noticia para el entusiasmo con que Santander recibió a las tropas asturianas acaudilladas por D. Nicolás de Llano Ponte, entre las que venía el Cuerpo de Literarios de su Universidad, y para la solemnidad con que se celebró la proclamación del Rey Fernando.

A fines de julio comenzaron a llegar a Santander las nuevas felices de Valencia y Gerona, de Zaragoza y Bailén. Todo fué júbilo en el pueblo. «Estamos contentísimos—escribe Legarda el 9 de agosto—con las victorias confirmadas de nuestros ejércitos de que creo a Vm. sabedor, y por inteligencia le prevengo que la Vizcaya se sublevó el sábado por la noche prendiendo todos los franceses y

entre ellos a Labat y Planté de este comercio. Aquí llegaron tres emisarios de Bilbao; los dos salieron ayer para Comillas a visitar a nuestro Prelado y el otro parlamentó con los ingleses a la vista de este puerto. Anoche se les despachó una lancha con granadas y balas debiendo recibir la pólvora en Santoña...» Juan de la Carrera se expresa con el mismo optimismo; «Desde este mes de agosto de 1808 hasta el de noviembre del propio año no se oía otra cosa que noticias lisonjeras del Ejército de Blake que avanzó hasta Bilbao.»

La toma de esta villa por el divisionario Merlín causó hondo pesar a los montañeses. Legarda se apresuró a comunicarlo a su administrado: «El 16 del corriente mes entraron 5.000 franceses en Bilbao en donde aun en el día—23 de agosto—subsisten. Antes de entrar tuvieron ataque con los bilbaínos, pero el mayor fué dentro de Bilbao donde murieron de una y otra parte mucha gente; después de tres horas de combate capitularon y han hecho y están haciendo muchas atrocidades y saqueos; han pasado por las armas a frailes, curas y otros seglares, de modo que según dicen los que de allí vienen es un dolor los latrocinios que han hecho y están haciendo. Aquí está lleno de gentes que vienen de Bilbao y están entrando todos los días fugitivos. Se dice que un Ejército del señor Cuesta con 14.000 hombres ha salido de Burgos contra los franceses de Bilbao; no se sabe de cierto. Ayer llegaron a Reinosa como 12.000 hombres de tropas asturianas, aragonesas y andaluzas; no sabemos con que fin, si estarán allí cubriendo aquellos puntos o si vendrán por ésta para llegar a Bilbao. Aquí se están esperando de un día a otro 14.000 ingleses que se desembarcarán aquí; ya tienen los alojamientos listos y los cuarteles. Con motivo de no haber recibido correo para esa ni otras partes, porque los franceses los interceptaban, por eso no he escrito a V.; ahora que ya está libre el paso de ellos por haberse marchado todos los que se hallaban en Burgos y otros pueblos escribo a V. Noticias aquí no tenemos de por allá porque hace 18 días que no ha llegado ningún correo... Dios nos mire con ojos de piedad y nos libre de tan mala canalla.»

El 6 de septiembre le escribía: «Las noticias que hay en el día son muy ocultas pues nada se dice ni hay correspondencia. El general Blake se dice viene con su ejército a cubrir los puntos de Reinosa y el Escudo pues ha mandado poner no sé qué número de miles de raciones y está cinco leguas de Reinosa; no sabemos si bajará a ésta. Los franceses como dos mil o más se metieron en Bilbao y el señor de Mazarredo se halla haciendo de presidente y haciendo mil atrocidades, echando multas y otras cosas, pero antes de poco lo pagará todo, Dios mediante. Las cosas según dicen van bien por todas partes, y no para algunos traidores, que hay muchos, y estaban persuadidos de que los franceses habían de ganarlas victorias pero les ha salido todo al contrario. Dios nuestro Señor nos mira con ojos de piedad y conoce que los malvados y esta perra canalla son unos hombres malévolos injuriosos contra la Religión. Ayer tarde parece notificaron en ésta a algunos franceses que se hallaban avecindados hace muchos años para que salieran para Francia.»



LOS SANTANDERINOS INTENTAN LIBERTAR AL REY FERNANDO

La carta de Legarda de 18 de septiembre contiene un dato de verdadera importancia para la historia de nuestra región: «don Francisco Sayús salió de ésta con su lancha bien equipada de buena tripulación y fusilería y un cañón, y en ella se embarcaron un italiano que vino en posta de Madrid con otro que decía era secretario del Embajador de Prusia, y sabía dónde estaba nuestro Rey Fernando VII y que iba a sacarlo para conducirlo con su hermano y tío a España. Este italiano estuvo en ésta muchos días para ver si podía sacar a este Ilmo. Señor (Obispo) se embarcase con él hasta el puerto del Orio y que allí lo esperase. Pero a su Ilustrísima parece que le ilumina el Altísimo, porque de haber ido hubiera pasado mil trabajos y expuesto a perder la vida. Estos así que llegaron a dicho puerto del Orio se marcharon por tierra y a don Francisco le dijeron que los esperase allí, que traerían hasta allí al Rey, hermano y tío. Pero fueron unos traidores que al momento que llegaron a Bayona dieron parte del suceso y al momento salieron tres lanchas cañoneras en busca de dicha lancha y de don Francisco Sayús. Pero a éste algún ángel de su devoción le iluminó, y sospechó de ellos, y se huyó de dicho puerto. Entraron los franceses allí con las lanchas en busca de él; registraron todas las casas de dicho pueblo creyendo estaba allí escondido. Pero el pobre don Francisco se marchó disfrazado por aquellos montes durmiendo entre peñascos y así pudo safarse de ellos y libertar su vida.» ¿No se ve aquí una falaz maniobra napoleónica, precursora del célebre decreto de Burgos para deshacerse del Regente de Cantabria y del que tan pródigamente le suministraba sus caudales?

No fué aquella la única intentona de los santanderinos para libertar a Don Fernando. Antes de que, el 11 de mayo, saliera de Bayona para su cautiverio de Valençay «un corto número de montañeses esforzados se dieron a la mar por Santander con ánimo de libertar al Rey, y así se lo participaron al arribar a Bayona; mas se les respondió que era muy arriesgada la empresa, como si lances de esta naturaleza—comenta el marqués de Villaurrutia, de quien tomo estas líneas—pudieran llevarse a efecto sin riesgo alguno.»

DESEMBARCA LA EXPEDICIÓN DEL NORTE

Después de breve estancia en Gotemburgo las tropas del marqués de la Romana, evadidas de Langeland, arribaron a Santander el día 9 de octubre a bordo de una escuadra inglesa, siendo recibidos con inmensa alegría por el vecindario. «Aquí tenemos como unos 12 a 13 mil hombres de tropa—escribe Legarda el día 18 en carta en la que el administrador se sobrepone al patriota—. Mañana salen cinco batallones para Santoña, Laredo y Castro para aliviar a este pueblo de gastos. Todas cuantas casas así nuevas como viejas se hallaban desocupadas se hallan llenas de tropa; aun hasta los almacenes y entresuelos de los comerciantes, los conventos y otros sitios; de modo que es una compasión cómo ponen las casas de inmundicia, sin contar las demás casas de los vecinos que en todas se hallan alojados sin distinción de personas.» El 22 de octubre vuelve a quejarse de los desperfectos que causan los soldados: «Ya la tropa ha dejado la habitación donde vivió el señor Deán y la han dejado bastante estropeada de inmundicia». Por esta carta y la de 8 de noviembre supo D. Joaquín Escalante las operaciones que precedieron a la batalla de Espinosa de los Monteros. «Las tropas de Infantería todas han marchado para Bilbao y Valmaseda... Ayer recibió por propio este general inglés noticia de que el ejército de Blake había cogido a los franceses 19 cañones y dos obuses en Zornoza y aquellas inmediaciones, y que los nuestros van siguiendo como leones.» «Los franceses volvieron tercera vez a Bilbao—escribe el 8 de noviembre—y rechazando a los nuestros entraron hasta Castro y decían venían a entrar a esta ciudad, lo que todos estábamos con mucho cuidado, de modo que los cañones y utensilios de guerra que se habían desembarcado se volvieron a embarcar con precipitación. Pero gracias a Dios que nuestras tropas del ejército de Blake en Valmaseda a donde se retiraron vinieron los franceses con número crecido y fueron rechazados por los nuestros matándoles muchos y cogiéndoles la mayor parte de la artillería; van siguiéndoles y antes de ayer—6 de noviembre—seguía el fuego de una y otra parte. Han entrado en Bilbao 190 carros de heridos franceses y en ésta han llegado más de ciento españoles heridos y muchas tropas de varios regimientos de los que se han dispersado cuando la retirada; van en busca de sus regimientos a los que marchan dentro de pocos días. El general en jefe de los ejércitos, el marqués de la Romana llegó ayer—7 de noviembre—a Valmaseda...»

BATALLA DE ESPINOSA.—SEGUNDA OCUPACIÓN DE SANTANDER

Dos días, el 10 y el 11 de noviembre de 1808, duró la famosa batalla de Espinosa de los Monteros. Como consecuencia del triunfo del Mariscal Víctor volvió Santander a ser ocupada por los franceses. «El 17 de noviembre del mismo año—apunta Juan de la Carrera en su libro de notas—después de haber derrotado

a Blake y dispersado su ejército y la tropa del Norte que salió de Santander a reforzarle entraron en (Peña) Castillo a dormir los dos batallones franceses que bajaron por el Escudo, los que salieron el 18 del próximo pasado a mediodía; en el cual me robaron. Este mismo día abandoné la casa y con toda la familia fuí a dormir a la Isla (¿del Oleo?). El 19 volví a sacar las camas y en el camino, en el segundo viaje que hicieron las mozas, las robaron.»

Mal debieron andar los correos durante esta segunda ocupación de nuestra ciudad cuando la primera carta que recibió D. Joaquín, después de ella, lleva fecha de 10 de enero de 1809. La escribe D. José Gómez y dice así: «En este tiempo ha sido la entrada de los franceses que fué el 17 de noviembre, los que se hallan en ésta muy tranquilos. Tenemos en ésta un grande gobernador hombre de bien, el que mira por este pueblo y su provincia, valenciano llamado don Francisco Amorós. En este pueblo se carece de todo y en breve no tendremos qué comer si no viene de Bayona que hasta esta fecha nada ha venido... El día 16, uno antes de la entrada de las tropas francesas, hubo una explosión de pólvora, la que se hallaba frente a la casa de Collantes (una de las primeras del muelle) en el terraplén en gran cantidad de barriles, la cual fué dada fuego no se sabe por quién; la que hizo más de dos millones de reales de destrozo; hubo incendio en las casas de don Francisco Sayús pero al fin se pudo apagar; las metrallas llegaron hasta esta su casa y otras muchas más de modo que no quedaron vidrieras ni puertas ni tabiques. En fin, esto parece el fin del mundo; todos marchamos y dejamos abandonadas nuestras casas. Se hallan fuera Ajeo (don Nicolás de Ajeo, fué Capitán del Puerto) y su mujer y los más de los hacendados y el señor Chiloeches...

TOMA DE LA CIUDAD POR PORLIER Y BALLESTEROS.— NOTICIAS DE LA VICTORIA DE LA ALBUERA

De la desgraciada y ruidosa expedición de Ballesteros y Porlier contra Santander apenas habla el *Diario* de Juan de la Carrera. «El 10 (de junio de 1809) entraron por la tarde los españoles en Santander. Por la noche fueron atacados y salieron dispersos. El 11 a mediodía y en la madrugada del 12 se retiró del Astillero la partida que se mantuvo en aquel punto.»

Más sucintas, pero acaso menos interesantes, son las efemérides consignadas por Carrera en 1810, y es que aquel año ningún hecho relevante tuvo lugar en Santander, poseído pacíficamente por los imperiales.

La victoria angloespañola de la Albuera—en donde el general D. Gabriel de Mendizábal se batió bravamente como soldado raso para rehabilitarse de su descalabro de Gévora—y la evacuación de Portugal tardaron cerca de dos meses en ser oficialmente conocidas por los santanderinos y aun entonces no se supieron con exactitud. «El 4 de julio de dicho año (1811) supimos por proclama del Inglés que para retirarse Massena había tenido en Portugal 18 batallas:

que en las cercanías de Badajoz hubo otra muy sangrienta con Sul (Soult, duque de Dalmacia) y Víctor en la que los españoles a la bayoneta les derrotaron con pérdida de 1.828 y toda la artillería: que murió el general España y salieron heridos Blake y Ballesteros: que se intimó la rendición de Badajoz: que el general Pen (el conde Penne Villemur, general español de caballería) fué a Zaragoza.»

No murió D. Carlos de España en aquella acción memorable, como la proclama inglesa señalaba. El destino le tenía aún reservados los más altos grados militares, un título de conde, una grandeza de España y una muerte horrorosa a manos de sus soldados, en la despiadada guerra carlista. Después de estrangulado, su cadáver desnudo flotó sobre las aguas del río Segre. Ni fueron tampoco aquellas las bajas de los franceses. A más de 7.000 hombres entre muertos y heridos las hacen subir algunos historiadores contemporáneos. Los montañeses tuvieron una muy sensible con la muerte del ayudante de Estado Mayor D. Eme-terio Velarde, hijo de Santander y su caudillo en la jornada del Escudo. *Nada importa que yo muera si ganamos la batalla*, fueron sus últimas palabras.

PORLIER TOMA DE NUEVO LA CIUDAD

Entretanto el *Marquesito* organizaba en Potes su ejército, fuerte de cuatro mil hombres, en los comienzos del mes de agosto. El buen estado de sus tropas, su elevada moral y la abundancia de bastimentos, le hicieron concebir el proyecto de apoderarse de Santander después de destruir las fortificaciones francesas de Solía, Camargo, Puente Arce y Torrelavega. Ignoraba el guerrillero a cuánto ascendía la guarnición de la plaza, y en esta incertidumbre la atacó por los molinos de viento sitos en el Alta, cerca del actual Observatorio. Tras corta resistencia en el campo replegáronse los franceses a las calles de la ciudad y en ellas fueron muertos o aprisionados por los nuestros. Veamos ahora cómo da cuenta Carrera de aquella brillante acción. «El 14 de agosto de 1811, a la madrugada, entraron en Santander los cántabros mandados por el coronel Escalera y después del tiroteo en que hubo algunos muertos de una y otra parte, siendo la pérdida de los franceses mayor, salió el general (Rognet) escoltado de 80 a 100 hombres, entre ocho y diez del día, hallándose acampados los españoles frente de la Peña (de Castillo), de donde salieron formados cerca de las tres de la tarde siguiendo a los franceses por el camino de Solía.»

Poco tiempo estuvieron en Santander las tropas del *Marquesito*. «El 17 de agosto de 1811, cerca de la Oración, regresaron los franceses de Torrelavega y quedando en el campamento la guarnición pasaron a Santander los demás, que podrían ser como 100 hombres. El 31 dicho volvió el general (Rognet) con una partida de 200 franceses para Torrelavega y el propio día pasó por Solía Cafarelli para el mismo paraje con tropa. El 7 de septiembre regresó el general para Santander, y en la tarde regresaron como 200 hombres de tropa. El día

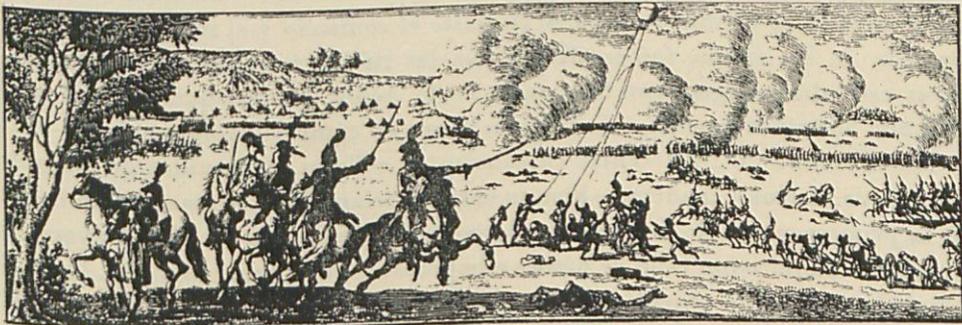
antes dijeron que Cafarelli con su tropa había pasado por Solía para Santoña o Vitoria.»

DESEMBARCO DE LOS INGLESES EN EL SARDINERO.— ÚLTIMA ESTANCIA DE LOS FRANCESES EN SANTANDER

Cerca de un año después tuvo lugar un hecho de armas de tan grande resonancia en sus días que es quizá el único de aquella guerra conservado intacto por la tradición. Y fué la sorpresa que el comodoro sir Home Popahan preparó a los santanderinos una noche del mes de julio de 1812.

En la tarde del día 25, una escuadra inglesa había fondeado en la ensenada del Sardinero, junto a Cabo Menor. No extrañó la maniobra a nuestros abuelos, acostumbrados en aquella sazón a ver muy de continuo las fragatas inglesas en las cercanías de su costa. Pero su sorpresa fué enorme cuando a la mañana del siguiente día—26 de julio de 1812,—disipada la bruma del amanecer, apareció la isla de Mouro erizada de cañones. De allí a poco, los de la isla abrieron nutridísimo fuego de artillería sobre el frontero castillo de Ano—sito en la Magdalena sobre el actual emplazamiento del Real Palacio—, hasta que, destruído, su guarnición francesa hubo de abandonarle. Roto el primer candado que les cerraba el puerto, dos bergantines ingleses aparecieron en su boca y cañoneando los castillos de la Cerda y San Martín llegaron frente a la Catedral, dirigiendo entonces sus fuegos contra el castillo de San Felipe. Hubo bajas por ambas partes. A las mocitas santanderinas impresionó sobre todo el entierro en la solitaria isla de Mouro de un artillero inglés muerto en el duelo matutino entre la peña y el castillo. Sobre su sepultura, cavada en roca viva, una cruz de madera recordó muchos años el nombre del soldado.

No abandonaron los españoles a sus aliados en esta empresa. El 27 de julio —anota Juan de la Carrera—se presentó aquí una compañía de españoles que bajó por Cacicedo y siguió por el Alta para Corbán a sostener el desembarco de ingleses, que en efecto se verificó (en el Sardinero) a pesar de que salieron los franceses a impedirlo con un regular tiroteo que duró casi lo más del día. En



este propio día llegaron otras dos divisiones de españoles en número de 500 a 600 (hombres de infantería) y como 40 de a caballo que se acuartelaron en Corbán y acamparon delante de la casa de Castanedo, habiendo entrado en el puerto por la tarde dos fragatas y dos bergantines ingleses, haciendo fuego desde la ría. El 28 dicho, a las siete de la mañana, se retiraron los españoles con los ingleses tomando el camino de Escobedo y una partida de a caballo dió fuego a la casa de Lorenzo y después cogió el camino de Cacicedo. Al día siguiente, por la mañana, entró (en Santander) el refuerzo en número de 3 a 4 mil franceses, con dos generales, la mayor parte de la Guardia Imperial.»

Fondeada la escuadra inglesa en la bahía, frente al Promontorio, y rodeadas por tierra, de enemigos, las tropas del Imperio hubieron de evacuar nuestra ciudad, que se vió libre de ellos hasta fines de enero del año siguiente.

«El 22 de enero de 1813 a la Oración—continúa el *Diario*—entró la tropa francesa en esta ciudad y cerca de las ocho de la noche me echaron dos soldados alojados que se portaron con moderación. El 31 del mismo, entre siete y ocho de la mañana salió para Torrelavega cargada con la contribución que (en represalia de la aventura anglomontañesa del desembarco) exigió de la ciudad.

Fué aquella la última estancia de franceses dentro del recinto santanderino.

SANTANDER EN 1813.—FIN DE LA GUERRA

La campaña del año 12 había sido nefasta para el Emperador. En ella—dice un historiador francés—«nos tomaron las plazas importantes de Ciudad Rodrigo y Badajoz, nos ganaron una batalla decisiva (los Arapiles), nos quitaron a Madrid por un instante, nos obligaron a evacuar la Andalucía, nos desafiaron ante Burgos, y volviendo sanos y salvos de tan atrevida punta pusieron de manifiesto la debilidad de nuestra situación en España.» Uniéronse a estas desgracias de los franceses sus descalabros en Rusia, que obligaron a Napoleón a sacar tropa de la Península, y aunque en los primeros meses del año 13 la lucha material de las armas se mantuvo viva en las provincias del Norte, Santander, libre de enemigos desde el 31 de enero, recobró su antigua animación.

Volvieron a sus casas muchas familias emigradas durante la ocupación; otras llegaron por mar de Castro Urdiales, sitiada por el italiano Palombini—en cuyo poder cayó el 11 de mayo—, renació en parte el comercio y el mocerío indígena, ocupado en las armas, fué sustituido por los rubios marineros de Inglaterra, cuyas escuadras surgían con frecuencia en la bahía. En obsequio de los ingleses hubo solemnes funciones de teatro a cargo de cómicos profesionales.

Con el verano de 1813—entre cascabeleo de colleras, chasquidos de látigo y chirrido de hierros y maderas—hizo su entrada triunfal por la alameda de Becedo la primera posta de Burgos con la correspondencia de Madrid. Mayoral y postillones adquirieron talla de héroes e importancia de primer ministro. La destartalada galera fué objeto de general admiración. Subieron los raqueros del

muelle a ver los caballos en los paradores de Santa Clara y, por si no estaban bien servidos, *afanaron* para ellos en los pajares de la mies del Valle.

Al día siguiente—22 de junio—regresó la posta, repletas las sacas de correspondencia, y el 25 llegó el veredero con el parte de Mendizábal comunicando a la ciudad el feliz resultado de la batalla de Vitoria.

Evacuada Santoña por los franceses como consecuencia de su capitulación del 27 de marzo de 1814, terminó en la Montaña la guerra de la Independencia. Durante ella hubo días, como el 23 de junio de 1808, en que nuestra ciudad—no hollada en son de conquista por extranjera planta desde los tiempos remotos de Octavio Augusto—amaneció española, fué unas horas inglesa y vió ponerse el sol bajo el imperio de las águilas de Francia.

FRANCISCO G. CAMINO Y AGUIRRE



ACTAS DE AYER

CONCHA ESPINA Y LAS MUJERES AMERICANAS

De Santander se habla en América entre gentes que no son montañesas. Y es porque el nombre geográfico de Santander va unido a un alto nombre literario que a menudo se pronuncia en América con resonancias de honda devoción. Claro está que este nombre es el de Concha Espina. Su viaje a Norte y Centroamérica ha dejado una estela de vibraciones vivas en una atmósfera previamente templada por la presencia de su espíritu transfundido en su obra. Y en esta otra mitad del continente, que ella pisó en lejanas horas de iniciación, hay también para Concha Espina admiraciones no pura y fríamente literarias, sino siempre humanizadas por la gracia de la simpatía cordial. No sé—es decir, sí lo sé—qué extraña y honda irradiación humana hay en la obra de nuestra novelista para que así se unan a ella los lectores lejanos. Pero sé que desde Punta Barrow hasta Tierra de Fuego—esta Tierra de Fuego helado, cuya estampa siniestra es un profundo estrato en las pupilas de Concha Espina y una pincelada trágica en su *Naves en el mar*—hay miles de lectores inteligentes identificados, intelectual y cordialmente, con la gran novelista a través de su obra.

Las mujeres—los muchos centenares de mujeres que en América escriben la lengua de Castilla—sobresalen en esta devoción a Concha Espina. En Nueva York, Elena de la Torre canta y razona de manera admirable su fervor integral a la compañera insigne. Concha Menéndez, Dulce María Barrero y tantas otras lo hacen en Centroamérica. En Uruguay—la pequeña República de las grandes leyes y las muchísimas poetisas—, la doctora Luisa Luisi, una de las mujeres de más enjundia literaria y crítica que tiene el Continente, habla en encendidos términos de *El metal de los muertos* como «obra maestra, no sólo de la literatura femenina, sino de la literatura universal», y dice de su autora, entre otros entusiastas elogios, que «si mucho le han reconocido sus comentadores, mucho más tienen que reconocerle todavía».

Y aquí en la Argentina, donde las mujeres que escriben y publican se cuentan también por muchos centenares, y donde las aficionadas a la literatura son, naturalmente, muchas más, hay para nuestra escritora devociones conmovedoras (no circunscritas—claro está—al campo femenino). En las revistas literarias y bibliográficas, copiosas de interviús y encuestas, se ve con mucha frecuencia citado el nombre de Concha Espina entre cuatro o cinco autores preferidos por la persona entrevistada. En poco tiempo se le han hecho aquí dos homenajes públicos. De uno de ellos no me corresponde a mí hablar. Primero, porque hace ya muchos meses que se verificó, y después, por la parte central que en él des-
empeñé.

Pero del otro sí quiero ocuparme.

Fué preparado y patrocinado por la «Asociación Cultural Clorinda Matto de Turner». Clorinda Matto de Turner, con su primer apellido italiano y su segundo apellido inglés, fué una escritora peruana que estuvo activamente vinculada al gobierno del general Cáceres—uno de los suegros de Gómez Carrillo—. Cuando cayó aquel gobierno y su presidente tuvo que salir desterrado, como era y es costumbre en la política peruana, Clorinda Matto de Turner partió de su país, desterrada también. Y esta poderosa tierra argentina, en la que es fácil entrar, difícil arraigar y más difícil desatracar, la retuvo ya hasta su muerte. Aquí vivió muchos años y aquí dejó ese grato recuerdo revelado en el hecho de constituirse una Asociación cultural femenina bajo el amparo de su nombre.

La institución está presidida y animada por la escritora argentina Adelia Di Carlo. Es un centro de suave y tibio feminismo, por suave y tibio, típicamente argentino.

La velada cultural de este día comienza con unas fervorosas palabras escritas en honor de España por una señorita de apellido también italiano, y el número central es una conferencia de María Alicia Domínguez. Se trata de rendir un homenaje a la mujer española y se concentra la ofrenda en el más alto y extendido de nuestros nombres femeninos actuales: Concha Espina. María Alicia Domínguez vuelca su hondo entusiasmo y detenido estudio en esta conferencia, que lleva como título «Concha Espina y la mujer novelista».

María Alicia Domínguez es un caso interesantísimo de precocidad literaria. Tiene muy poco más de veinte años cumplidos y cinco buenos libros publicados. Su nombre, francamente castellano—son muy raros los nombres castellanos entre las poetisas del Plata—, suena ya en toda América y comienza a sonar en España. Tiene, entre otros méritos, el honor de haber roto la tradición, ya intolerable, del verso erótico, casi invariablemente cultivado por las poetisas americanas. María Alicia Domínguez conoce extensamente la obra de nuestra novelista y ama a la novelista a través de su obra. Es el suyo uno de esos puros y bonitos fervores de escritor a escritor, de escritora a escritora, a través de un océano. Un fervor suscitado por la intensa irradiación afectiva de la obra de Concha Espina, y acrecido en amistad por la comunicación epistolar. Los es-

critores de Hispanoamérica—y quizá más las escritoras—poseen una virtud de la que en general carece la altiva fosquedad de los escritores españoles. No sólo saben admirar al compañero—sobre todo cuando la lejanía espacial del compañero excluye o aminora el peligro de su sombra—, sino que se aventuran a manifestarle explícita y directamente su admiración, iniciando y sosteniendo el exquisito deporte de la *amistad postal*. En general, los españoles carecemos de la cortesía postal que se practica en otros países. Proporcionalmente al número de habitantes, el ingreso por sellos de correo en el erario español debe ser menor que en los de casi todos los países civilizados. No sólo porque hay mayor porcentaje de analfabetos y menor movimiento comercial, sino también mucha menos cortesía epistolar. España no ha tenido ninguna «Marquesa de las cartas», como la tuvo Francia en Madame de Sevigné. Para tener algo parecido, hubo de inventar Galdós su magnífica Amaranta, dejándola en Condesa. Y tan rara es en España la gentil virtud de escribir cartas desinteresadas, que la fecundidad epistolar de la dama galdosiana ocupa al autor y divierte a los lectores españoles como la más insólita manía. Los españoles no hemos llegado todavía a percibir y aprovechar la belleza de la carta, ni como género literario, ni como estimulante intelectual, ni como mensaje cordial. Entre nosotros, recibir una carta y no contestarla es la cosa más natural del mundo, sin que el deudor considere nunca su omisión como un delito de lesa urbanidad, ni ofrezca siquiera excusas cuando llega a encontrarse frente a frente con su acreedor epistolar. A lo sumo, la *excusa* consiste en declarar norma general de su conducta el no contestar cartas... En este aspecto, somos un poco soeces los españoles. Y en este aspecto, como en otros, son bastante franceses los argentinos.

Con esta observación—ni muy del caso, ni muy nueva quizá—quiero subrayar el hecho de que los escritores argentinos suelen conocer y admirar a los nuestros más íntimamente que los propios colegas españoles. Los conocen a través de su obra, leída con saludable interés y honrado desinterés, y a través, frecuentemente de una comunicación epistolar menos desdeñada por los escritores españoles cuando se trata de comunicantes ultramarinos.

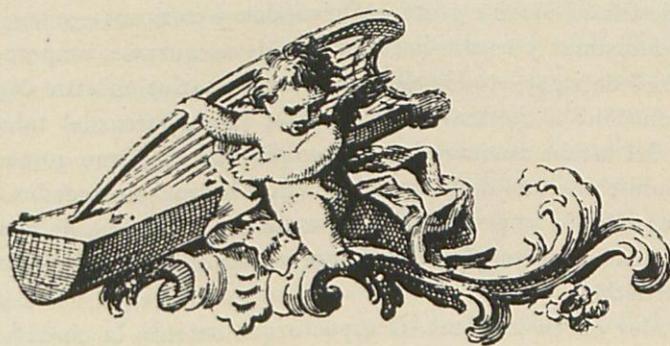
Así, María Alicia Domínguez, como muchos otros escritores americanos, sigue y cultiva a Concha Espina con más cuidado y devoción que la mayor parte de los compañeros compatriotas de la gran novelista. Se ha adentrado en su obra y ha llegado a amarla con un doble amor de solidaridad literaria y fraternal, bien reflejado en esta conferencia que comento. La oración—nunca mejor aplicado a una conferencia este sustantivo de fervor—de la joven e insigne poeta argentina conmovió al auditorio, femenino en casi su totalidad. Muchas de las oyentes eran también devotas de la obra espiniana, y se mostraban orgullosas de poder enfrentar a la convención de la inferioridad mental femenina un poderoso argumento más en la existencia y la grandeza de nuestra Concha Espina.

Es bonito, señores, ¡resenciar en esta remota orilla del Atlántico un homenaje organizado por una institución argentina con el nombre italo-inglés de una mujer peruana, presidida por una mujer argentina de origen italiano, ante muchas mujeres de todos los orígenes nacionales que cabe imaginar y por voz de una mujer argentina de origen español, ofrendando un laurel más a la fama ecuménica de nuestra gran mujer, a sus treinta años de labor tenacísima y triunfal en las duras canteras del arte literario español.

La cronista española y montañesa, presente en la velada, arrancó una hoja de la ofrenda y la guardó muy cerca del corazón. La cronista española y montañesa no se acusa de hurto, porque de la gloria de Concha Espina nos corresponde un poco a todas las mujeres de la tierra. Y un poco más a todas las mujeres españolas. Y un poco más aún a todas las mujeres montañesas.

CONSUELO BERGES

Buenos Aires, febrero de 1930.



LA EXPOSICION DE UN GENUINO PINTOR MONTANES

Lozano como nunca se nos muestra, en estos días de marzo del año promisor en que vivimos, el arte robusto de Ricardo Bernardo, desde el salón de exposiciones del Ateneo de Santander, y ha de ser la indocta pluma del autor de estas líneas quien glose sobre las hermosas páginas de esta prócer publicación—que tanta falta nos estaba haciendo—acaecimiento artístico de tanta importancia, lo que más airosamente hubieran podido realizar otras más eficientes, de estilo más aquilatado que el nuestro—tan flaco y desgarrado—.

Ante los lienzos y dibujos que exhibe el nuevo maestro montañés—maestro ahora—ha desfilado mucha gente—aficionados y curiosos—y sus comentarios han sido variadísimos y contradictorios. Puede asegurarse, empero, que—salvo las excepciones de rigor—todos ellos cabe condensarlos en esta «lógica» aunque amarga conclusión: a Santander no le place la madurez del talento del más ponderado—del menos amanerado—de sus pintores; del que quizá muy pronto sea considerado como uno de los primeros entre los más destacados de su patria, en su tiempo; cuando su producción sea expuesta al criterio de gente más apta para la percepción de este género de goces y, por ende, más preparada en estas disciplinas artísticas.

Desalentador es, en extremo, el aspecto que ostenta la ciudad ante el caso clarísimo de la evolución de tan estimable pintor. Cuando éste comenzaba su espinosa carrera, cuando los frutos agraces de sus prometedoras mocedades eran acogidos jubilosamente por el consenso general, y la crítica local de entonces lanzaba a diario galeradas de exquisita prosa erizada de baratos adjetivos, Ricardo Bernardo era el niño prodigio, un pintor genial cuyos lienzos, inspirados en la literatura costumbrista, éranle arrebatados a altos precios, sin secar todavía. Hoy, opuestamente, en que el talento del artista se nos ofrenda en plena madurez; cuando posee ostensiblemente la clave de los más intrincados secretos del oficio; cuando su cultura estética ha crecido considerablemente y su personalidad—a fuerza de temperamento, de disciplina, de estudio—hase alquitarado e identificádose firmemente con la más genuina esencia de su raza nor-

teña, nos condolemos de su decadencia, de su confuso concepto actual del Arte. Se malogró el pintor, perdió los libros, y no sólo no le arrebatan, como años ha, las telas, antes de secar, sino que por parte de sus conterráneos—de sus antiguos admiradores—morirían comidos por la humedad en el rincón más escondido de su estudio, y aquella Prensa vigía, que cantó en todos los tonos al artista maravilloso que nacía, enmudece—con exclusión de muy raros espíritus jóvenes y agudos—, considerando igualmente que el pintor no poseyó la entereza necesaria para sustraerse a dejarse captar de las inquietudes malsanas de la época con sus confusionismos y acrobacias. Por consecuencia, para su tierra natal y muy principalmente, para sus nerviosas antenas vigilantes, el mozo genial que pintara la Rámila, los Piteros y tantas otras creaciones populares, se abatió lamentablemente, y sus apologistas de otrora plañen amargamente la trágica caída del ídolo que su miope buena fe erigiera.

Esta es la impresión que destilan el abandono observado y los comentarios recogidos. Para nosotros, en cambio, que creemos gustar sinceramente de tan excelso Arte y nos afanamos en bucear su historia para discernir en la trayectoria seguida por él a través de sus especulaciones; para quienes, no ya un monumento, sino un leve detalle plástico bien logrado contiene un motivo de emoción inefable, siempre controlada por la Razón—control inevitable que impide confundir una sensiblería a lo Luis de Val con una ingente maravilla literaria, y a veces con una imputación de notoria superioridad en favor de la primera—, Ricardo Bernardo es justamente ahora cuando pinta bien—con arte—. El simple hecho de huir con denuedo de la cosa anecdótica o pintoresca—tan fácil de obtener para él, si lo pretendiera, con la máxima exactitud exigible—implica una disciplina rigurosa y su deliberado propósito de no perseguir una victoria fácil, de pésimo gusto; su afán de adscribirse a la interminable lista de artistas verdaderos que, en todo tiempo, lucharon y luchan apasionadamente por imponer al vulgo una visión original—atormentada o exquisita—la cual en manera alguna puede coincidir, en principio, con la de aquél. En su apartamiento del clisé resobado, del bodegón implacable—con sus jarritos, sus almohadones de raso, sus florecitas—, para mostrar a la gente la belleza formal de nuevos elementos que, aunque ya familiares igualmente en la vida, rompen abiertamente con la pegajosa ñoñez de aquél, vemos con claridad su incorporación a nuestro tiempo nervioso, mecánico y acelerado. Ricardo Bernardo—fiel a las normas clásicas, pero hijo muy sensible de su época—no ha podido, en efecto—ni debido—, sustraerse a su influjo y ha asimilado de ella procedimientos científicos indispensables hoy para seguir amasando la forma con humildad y sabiduría, reverente con la tradición de los grandes maestros—que a su vez aprendieron a serlo tomando de sus predecesores las enseñanzas que a su paso iban estableciendo—. Debemos cuidar mucho de no confundir la honradez absoluta del pintor que glosamos con los productos «standar» fabricados por las capillas iconoclastas que—reconocemos que un poco sistemática y ciegame a veces—



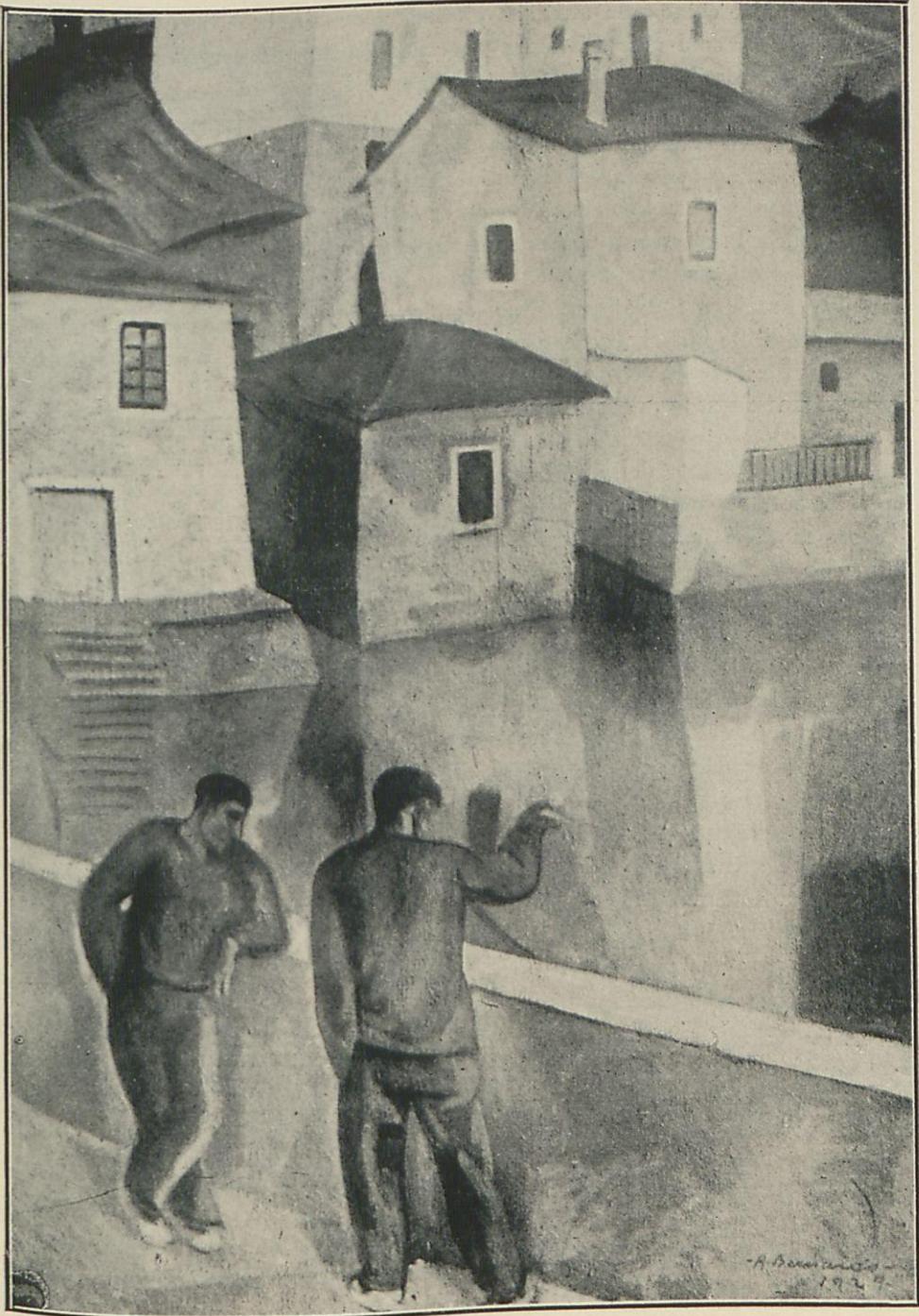
Naturaleza muerta.

la pintura e inquietudes actuales del quizá más completo de los pintores que ha dado nuestra tierra.

* * *

Pecaríamos de prolijos si, llegados a este punto, pretendiésemos analizar, uno por uno, todos los cuadros expuestos en nuestro Ateneo por Ricardo Bernardo. No quisiéramos, empero, terminar sin dar alguna referencia—para justificar nuestros asertos—de los propósitos y aciertos del artista entre los que hemos visto, y para ilustrar al mismo tiempo las reproducciones fotográficas que amparan estas líneas.

Creemos indispensable afirmar, para comenzarlas, que a través de la obra comentada se advierte limpiamente la filiación latina del artista, proclamada por las bellísimas reminiscencias de las grandes escuelas italianas que acá y allá esmaltan composiciones y dibujos—también ostensibles en trabajos anteriores que recordamos—. Parece una como vocación incontenible que revierte al pintor hacia la matriz augusta, de vuelta de tanto y tanto problema como se han planteado—y resuelto muchas veces—los pintores de siglos ulteriores o,



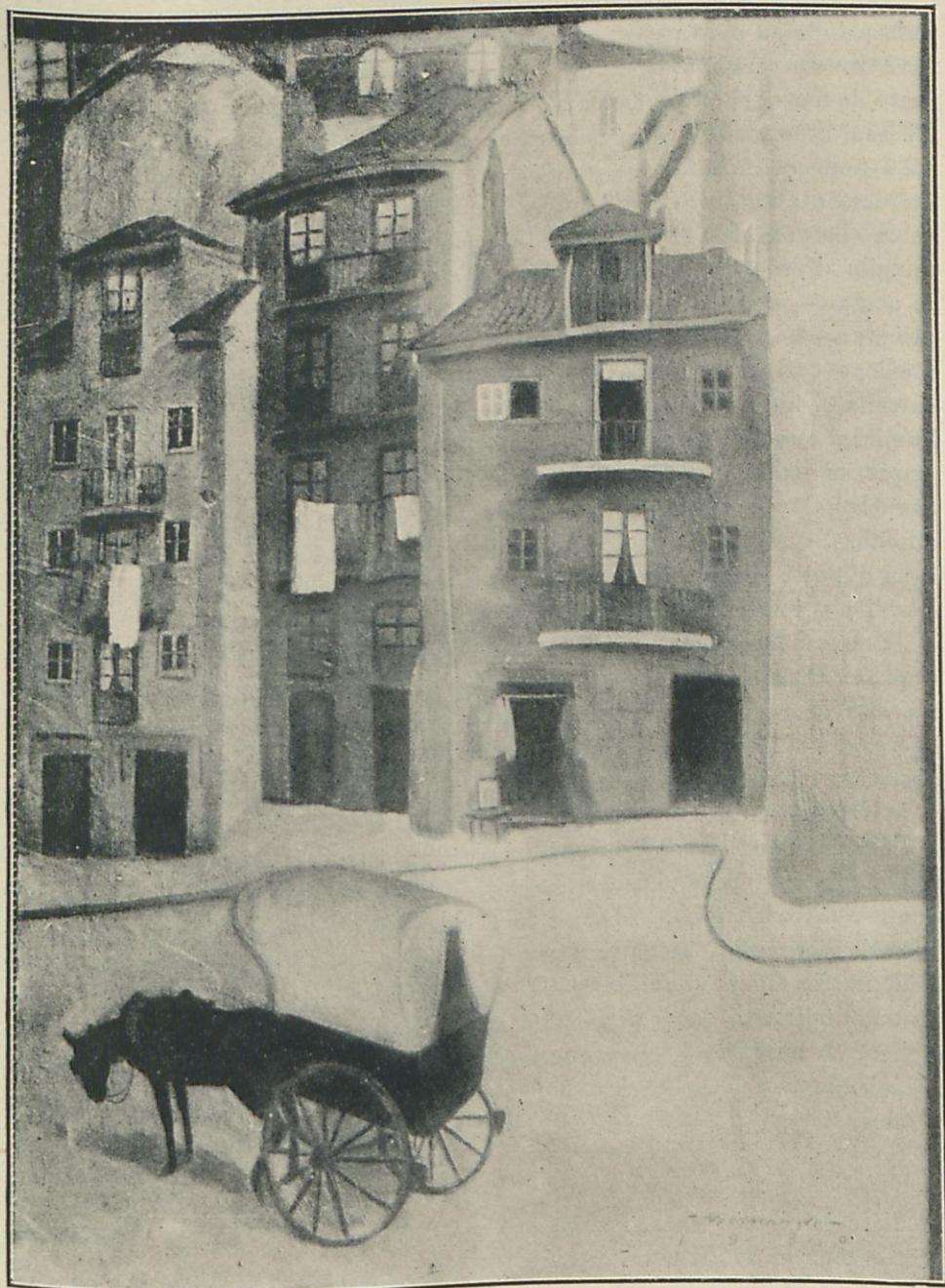
Rincón del Puerto.

acaso también, como una altruista expiación de ajenas culpas. De cualquier modo, siempre cual una salvadora reacción de la pintura occidental para liberarse de asimilar las grasientas vacunas del suero que se expende en los laboratorios pictóricos centroeuropeos, las que, con el pretexto de intelectualizar el Arte—en el que siempre deben dosificarse sabiamente la Razón y el Sentimiento—, amenazan ahogarlo en adiposidades groseras, como acontece en París y en Italia y algo también, muy poco por fortuna, en nuestra España.

No podría hurtársele a una mirada sagaz y experimentada que el arte conciso de Ricardo Bernardo parece volver, en ocasiones, por los fueros del objetivismo predominante del Quinientos, si bien saturado del espíritu que anima nuestros días. Su obsesiva pretensión de aprehender la forma nítida de las cosas destaca virilmente en diversos paisajes—números 12, 13 y 14 del catálogo—y en sus naturalezas «quietas»—números 5, 6 y 7—, como igualmente en muchos de sus dibujos—casi todos—, plenos éstos de estructura a la vez que de contenido espiritual dentro de la ingrátida linde de un contorno trazado a punta de lápiz. La sutil elegancia de su arte queda evidenciada en dichos retratos, por los que sus modelos cobran, siempre, una mayor categoría estética, sin el riesgo de perder un firme parecido y a salvo de toda concesión dulzona de pastiche, a lo que tan acostumbrados nos tienen otras esclarecidas firmas. Tales dibujos asumen calidades de nobles materias. Son suaves alusiones al mármol, a la piedra, al boj, clásicos materiales del artista.

La misma preocupación objetiva de exactitud se observa en su empeño de aprisionar con el color las calidades del objeto reproducido. El logro total lo acusan las vestiduras del Pinocho, la irisada loriga de los peces, el papel del molino o la veta del pino; la barnizada lata de aceite, una crispada Medusa de purpurina, un celuloide: la fina porcelana de un Buda, un maniquí de plata y el cristal o cristales sobre que reposan los objetos; todo, én fin—asequible al más profano—, habla elocuentemente del completo dominio del oficio que el artista ha logrado. La ceguera de muchos seudo críticos y seudo aficionados cree descubrir un avieso propósito en lo que es, simplemente, una demostración técnica. Se confunde lamentablemente una pura visión objetiva con el anuncio. Una bella aprehensión de escueta formalidad con una torpeza estética. Esto es lo que nos obliga a revolvernó airados.

La veta italiana, dulce y graciosa, revolotea sobre unas y otras obras con frecuencia; tanto en los bodegones como en los retratos. Hay un dibujo—el estudio señalado con el número 16—que evoca una madona del siglo de oro de la pintura florentina. En «Oriente y Occidente» el moderno maniquí—síntesis de planos y de línea—lo devuelve el cristal con todo el encanto de una modelo que hubiera posado en los talleres más afamados de la vieja Milán, y pleno asimismo de sugerencias de estirpes tan gloriosas se nos muestra el magno desnudo que corona la exposición—y, para nosotros, la obra total del artista hasta ahora—.



Bajada de la Lealtad.

En cuanto a su identidad norteña, creemos percibirla como el nexo que enlaza toda su obra expuesta—y la que recordamos desde su advenimiento a las hermosas campiñas del Arte—. Fluye la nota lírica—asordinada—que en vano trata de matar el autor, en su ascético anhelo de estrangular todo subjetivismo. Lirismo asordinado que, a nuestro entender, rima admirablemente con el polvillo tenuemente luminoso que caracteriza la materia atmosférica que cubre eternamente nuestra tierra—sutiles cendales de ópalo—y envuelve todo lo que sobre ella posa. Esto es lo que se aprecia en ese poema apacible y bello denominado «Desde el puente», en «Fábricas», en «Rincón del puerto». También lo acusan—aunque éstos con un más leve tinte subjetivo—esos otros paisajes, urbanos—«Barrio de la Enseñanza», «Bajada de la Lealtad», «Plaza de los Remedios»—, ricos de materia y espléndidamente estructurados. Idéntica nota entraña el intento del pintor por reivindicar de su preterición algunas cosas humildes que fueron: «Reliquias de Galdós», obra ésta de la más pura estirpe impresionista—. Espacios de interior velazquiano. Sutiles veladuras que lo envuelven todo cariciosamente—botas, gorra, sombrilla—, que recorren la alfombra, que juegetean bajo el diván. Naturaleza nada muerta, más grata cada día que nuestra mirada la requisa. Acaso nos recuerde un poco a *Azorín* este lienzo inefable, a un *Azorín* del Norte, nuestro, no castellano.

Y este mismo nexo de raza creemos advertirlo dondequiera, dentro de la obra de Ricardo Bernardo. Las figuras que ilustran sus paisajes son serias, macizas de peso, dramáticas; en nada semejantes a los hombres esbeltos y ligeros del Mediodía. Aquéllas hablan gravemente, meditan sus cosas, caminan abstraídas. Gentes cantábricas, en fin.

Apuntamos antes que, para nosotros, es el Desnudo—número 2 del catálogo—la obra más cuajada del pintor, dentro de su acendrado propósito de objetivismo. Sin contornos violentos, secos; sin feroces efectos de claroscuro—a los que se recurre las más de las veces para lograr arbitrarias ilusiones de volumen—, Ricardo Bernardo obtiene limpiamente una exuberante plasticidad con acierto evidente. La figura se funde en el lienzo con la materia que la cerca, y, no obstante, el relieve se acusa netamente, con la graduación debida. Para mayor disciplina, su austeridad le impone la eliminación de toda sensualidad de color, reduciendo la forma—exclusivamente la forma—a sus más sinceros y puros valores.

* * *

Esto es algo de cuanto a nosotros nos sugiere la última exposición de este pintor montañés. Nuestra creencia de siempre—generalizando—es la de que debemos acercarnos humildemente a las cosas, sin prejuicios, para estudiarlas; si queremos darnos cuenta aproximada de su importancia. En Santander—y en muchos otros «lugares»— se crean a menudo patentes y se erigen mitos «a voleo», cuyo justiprecio suele distar bastante, y con efecto dista, de la realidad.

Lo prudente sería que enmendáramos un poco el procedimiento, pues si es innegable que por nuestras palabras y nuestros hechos seremos juzgados, nos convendría prepararnos convenientemente para que la hora de las revisiones —que puede hallarse próxima— nos encuentre serenos y limpios.

También recordamos ahora que Santander tiene un Museo Municipal y que éste no cuenta con obra alguna del pintor de nuestra glosa. ¿No sería ésta una ocasión magnífica para subsanar tal omisión, si ella es involuntaria? Entre la obra comentada puede encontrarse hasta media docena de lienzos dignos, a nuestro juicio, de figurar en la más exigente antología.

LAUREANO MIRANDA

Marzo de 1930.

LIBROS DE NUESTRA MONTAÑA

EPISTOLARIO DE VALERA Y MENÉNDEZ Y PELAYO.—Miguel Artigas y Pedro Sáinz Rodríguez ilustran y publican las cartas cruzadas entre los dos grandes escritores. Literatura íntima, entrañable. Proyectos, conatos, esquemas de obras *non natas* y obras realizadas, y entre estas reliquias de preocupación literaria las preocupaciones vitales, los dolores recatados, hurtados a la publicidad de unas vidas que asombran el panorama de nuestra cultura novecentista. Imposible un índice, ni incompleto, de sugerencias, de rasgos subrayadores de su conocido carácter, o delatores de nuevas fibras intelectuales o patéticas. Don Juan, el andaluz, siempre zumbón, siempre elegante o, como él gustaba decir, superfino. Don Marcelino, el norteño, siempre disciplinado y grave, con algún mayor desgarre que en su obra impresa, pero sobre todo con una curiosidad insaciable de lo antiguo y de lo moderno. Qué anhelo en la constante consulta al ministro en Wáshington—¿qué se escribe por ahí? ¿qué poetas hay? ¿cómo no llegan a nosotros más noticias de la producción literaria de un país de sesenta millones de habitantes?—, bordoncillo constante de sus cartas de

esta época. Insigne servicio el prestado a la historia literaria por los dos beneméritos maestros bajo la enseña de la *Sociedad de Menéndez y Pelayo*, la institución cultural insigne entre todas las españolas, honra de nuestra Montaña.

FRANCISCO CUBRÍA. LA SANGRE PRÓDIGA.—He aquí que la vena fluentísima de narrador de Francisco Cubría cuaja en una novela grande. En ella, todo su universo literario, anticipado ya en fragmentos de cuentos y de crónicas entregados a la voracidad insaciable de la hoja diaria. Aquí, más reposada la intención, ocupando cada trozo su lugar, componiendo armónicamente un organismo novelesco, van desfilando paisajes rústicos y urbanos, atisbos psicológicos y sucesos impensados, personajes de extracciones distantísimas, todo un pequeño universo poblado y personalísimo, a impulso de un afán de aventura. Así la novela aparece a la vez como deliberada obra literaria y como necesidad juvenil de expansión centrífuga. Y siempre con el decoro verbal y retórico que es tradición consustancial con nuestros escritores, hasta los más indisciplinados y rebeldes.

